

Horizontes

Vestido rojo

Yeimmy Estefani Rodríguez García

Estudiante del Programa de Terapia Ocupacional

Universidad Mariana

Vendía cigarros, chicles, a la salida del bar Eclipse. Vestía una falda roja y una blusa descotada negra, así estaba el primer día que la conocí. Me pareció alguien exuberante, común. Felipe la conocía desde hace tiempo, pues siempre iba al bar, era ella quien, en medio de los cigarros y los chicles, le suministraba la droga.

Aquel día fui por petición de Felipe, mi único amigo, quien me había invitado en tres ocasiones y aquella vez ya no encontré excusa. Dos colombianos estudiando letras en la Universidad de la Sorbona en París. Yo me gané una beca, mis padres jamás hubieran tenido para enviarme a París; Felipe, hijo único, procedente de una familia de políticos, así que él está acá por gusto, y digo por gusto porque nunca estudia, compartíamos el apartamento, hasta que me cansé de sus llegadas borracho y me mudé a una casa en la misma cuadra; renté un pequeño cuarto húmedo, con baño compartido, pero podía estudiar en paz.

Bueno, aquel día caminamos hacia el bar Eclipse, en medio del humo embriagador de la ciudad. Antes de ir al bar pasamos por un café, donde doña Juana, era la única que hacía el café como en nuestra tierra, en el día no podía faltar su café, era una migrante colombiana que trabajaba como cocinera en un restaurante cerca del lugar donde vivíamos. Después de la medicina del café nos fuimos al bar, Felipe se envenenó con mucho alcohol, yo solo tome unas cuantas copas, tuvimos que salir rápido porque Felipe se metió en problemas con un señor, le había mandado un beso a su esposa, si no saco a Felipe de ese lugar una gran botella le hubiera abierto la cabeza. Cuando salimos estaba ella, tenía el pelo rojo, desordenado, fumaba tranquilamente y miró a Felipe, lo reconoció.

- Felipe, ¿tan rápido se rumbeo?
- ¡Karen, mi vida, llévame a casa!
- ¿Eres amigo de Felipe?
- Sí, soy su hermano
- Mucho gusto, Karen.
- ¿Te ayudo a llevarlo?
- No gracias, lo llevare solo,
- Como quieras.

Y todo hubiera seguido su camino si a Felipe no se le da por aferrarse a las piernas de Karen, quien tuvo que subirse con nosotros al taxi, llegamos al apartamento de Felipe, lo recostamos, se quedó dormido como un niño; Karen abrió el balcón, fumaba, me acerqué a ella y le dije que, por favor, saliéramos, que tenía que ir a casa.

—¡Y quién te crees para sacarme!, yo he venido aquí más veces de las que te imaginas, hasta llaves tengo.

—Lo siento señorita, no quise ofenderla. —Ella sonrió con malicia—, no te disculpes por todo, ¿siempre eres así de formal, decente?

—Esa es mi forma de ser.

—Venga acompañeme a tomarme un trago, somos latinos.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Chile, y tú seguro eres colombiano, y a todas estas, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Cristian.

—Cuéntame, ¿qué estudias?

—Estudio letras.

—Yo también estudiaba, pero no pude seguir pagando la universidad, estudiaba Filosofía, era una de las mejores, llegué aquí con una beca, la mejor de la clase, el orgullo de la familia, hasta que conocí lo bueno de París: los bares, los amores, el alcohol, pero mi rendimiento académico bajo y me quitaron la beca, fue muy difícil conseguir dinero para pagar mis estudios. Mis pobres padres aún piensan que estoy estudiando. Esperan con ansias mi grado.

—¿Y por qué no ha pensado en regresar a Chile?

—No, ni loca. París es la ciudad de ensueño, y aquí no me va mal, soy feliz.

Karen resultó ser muy divertida, fue fácil hablar con ella, compartíamos los mismo gustos, sabíamos mucho de literatura, fue una buena noche. Karen me dio el polvito blanco que me llenó de mariposas el estómago, haciéndome cosquillas que me hacían reír, no sé en qué momento terminamos en el sofá de mi amigo, pasamos juntos varios fines de semana, Karen ya era parte del grupo, la esperábamos con Felipe los fines de semana y en ocasiones la visitábamos en el bar Eclipse, no fue difícil sentir aquellos escarabajos que recomen el estómago. Cuando la veía, sentía como el estómago se llenaba de algo que me carcomía hasta el alma, pero me hacía sentir bien.

Me encantaba su pelo rojo ondulado, su risa escandalosa, me estaba enamorando, y aunque había tratado de evitarlo durante toda mi vida, con ella no lo pude evitar; era como si su ser, viniera de otro planeta, como si la diosa afrodita me la hubiese enviado y ante los deseos de los dioses no se puede hacer nada, simplemente no podía dejar de pensar en ella, de respirar en ella, de saciarme con su aroma. Entre tantas salidas ya tenía las llaves de mi cuarto, iba y venía cuando quería, era imposible no percibir su aroma desde que entraba en la casa, todo era romance, amor, locura, nuestros cuerpos se balanceaban el uno al otro sin explicación, sucedió así, talvez era más complicado explicarlo, así que dejamos que el agua corriera por nuestra piel.

En las noches, desde el pequeño balcón, mirábamos las estrellas, como se juntaban en la torre Eiffel, sobreponiéndose una a otras como resguardándola, mientras yo pintaba esa imagen en mi corazón, para no olvidarla nunca, después la acompañaba al bar Eclipse, donde trabajaba. Regresábamos por la calle cogidos de la mano, le dedicaba poesías mientras caminábamos hasta el cuarto, nunca había encontrado una mujer que se insertara en mi alma, que fuera mi alma, le gustaba ir al cine, escuchar rock bajo la lluvia. Ella me enseñó el gusto del alcohol en las venas, juntos buscábamos el profundo silencio donde podíamos encontrarnos y no pensar en ese mundo traficante de sentimientos, idos en la estación de buses, cuando teníamos que despedirnos.

Pero todo cambió cuando decidí colocarle nombre a ese juego de sentimientos que explotaba en nosotros. La invite al cine, cuando salimos, le compre unas rosas, ella sonrió, estaba feliz, le dije:

—Karen, ¿quieres ser mi novia?

—¿Cómo?, de qué hablas, estamos muy bien así, porque tienes que arruinar las cosas.

—No, al contrario, quiero que lo nuestro vaya en serio, que dejes de ir al bar Eclipse, que vivas conmigo.

—¡No has entendido! no soy de nadie, me gusta estar así, soy de la noche y de la música del bar, no voy por trabajo, voy porque quiero llenar mis pulmones de la noche y sus estragos, ¿sabes qué?, ya hablamos.

Y así se fue sin más, sin despedirse, no la mire por varias semanas, la busque en el bar, pero me dijeron que no había ido, durante casi un mes no la mire, no me podía concentrar en mis clases, deje ir algunos días a la universidad. Estaba en

mi cuarto esperándola, hasta que una noche llegó ella con su vestido rojo, se recostó en mi cama, abrazo mi alma.

—¿Dónde estabas, Karen?

—En ninguna parte, eso es lo de menos.

Tenía en su brazo una cinta de la salida de un hospital, pero ese no era momento para preguntar, solo quería impregnarme de su olor, sentir el dulce de sus besos, sentirla nada más, nos amamos hasta que nos quedamos dormidos. Pude contemplar su cabello, sentirlo, olerlo, parecía un ángel, aunque se comportara como una diabla, era un ángel, que me había enseñado a amar sin condición, a entregarse sin recibir, así era ella, podía revivirme o matarme en instantes, no sé a qué horas salió, no la mire, solo sé que dejó su aroma y su besos en mi cama, de la cual no quería salir más, hasta que Felipe me llevo una carta de la universidad donde me advertían que por mi bajo promedio me podían quitar la beca, así que regrese a mis libros. Pasaron los días, talvez ya me había hecho a la idea de que Karen no volvería. Le pregunté por ella a Felipe, que no dejaba de ir a los bares, y me dijo que no la había mirado.

Así pasaron algunas semanas hasta que nuevamente la sentí, entró sigilosa en el cuarto, se paró con su vestido rojo en la puerta, me sonrió, y se recostó conmigo, esta vez dijo que me extrañaba.

—¿Te olvidaste de mí?

—Nunca, Karen. ¿Dime dónde estás?, ¿en qué bar trabajas ahora?, vente conmigo sin condiciones, yo sé que tú también me amas.

—Sí, te amo, aquí y más allá.

—Espera, aún puedes venir, siempre estaré aquí.

—Volveré, lo prometo.

Y eso fue nada más, no había necesidad de decir lo que mi alma y mi ser sentían a su lado. Y una vez más se fue, cuando el sueño me vencía, no pude seguirla, no logre saber dónde estaba, se había ido una vez más, pero llegó como lo prometió una última vez, esa última noche me abrazó fuertemente como si se despidiera.

—¿Cuándo vuelves, Karen?

—No sé, no me esperes, por favor, ya no vendré.

Dentro de mí guardaba la esperanza de que eso era mentira, me dio un beso, prometió quedarse conmigo hasta la mañana, me arrulle en sus brazos, me despertó los rayos del sol que entraban por la ventana, la busque por todo el cuarto, pero no estaba, se había ido.

Desde ese momento, no la he mirado, hace dos meses que no ha regresado, la he buscado por los bares de París, en el cine, hasta que he llegado aquí, donde me dijeron que vivía.

—¡Por favor!, dígame que ella vive aquí.

—Sí, señor, llegó al lugar donde era, ella vivía aquí.

—¿Vivía? Acaso ahora donde vive, por favor, dígame: ¿dónde está Karen?

—No, señor. Lamento decirle que Karen murió de una sobredosis hace 6 meses. Eso fue lo que dijo la policía, la encontró en la calle, cerca de un bar, entre todos reunimos para verla aquí en la pensión, la hubiera visto tan bonita parecía un angelito. Le colocamos el vestido rojo, el que más le gustaba.